

Dossier de Prensa

ANE
ODRIOZOLA

AL SUBIR
LA
MAREA

Una familia rota por la ambición, la venganza y la muerte.
Un linaje condenado a morir con el último Irigoyen.

SINOPSIS

Zarauz, 1568. Bartolomé de Irigoyen, maestro astillero, lucha por preservar su legado tras el desastre sufrido en la construcción del galeón más ambicioso de su carrera: la Santa María.

En un intento desesperado por salvar su negocio y el honor familiar, se adentra en una vorágine de créditos, herencias y alianzas matrimoniales, arrastrando consigo a sus dos hijos. Cuando Beatriz, una muchacha llena de sueños y convencida de haber encontrado el amor, irrumpe en sus vidas, lo que parecía la solución se convierte en una tormenta que saca a la superficie las heridas del pasado que nunca sanaron entre los dos hermanos Irigoyen, amenazando con el naufragio de la familia. Dolida y humillada, la joven se verá obligada a huir de Zarauz, no sin antes plantar la semilla de una venganza que, tarde o temprano, lo cambiará todo para siempre.

Entre traiciones, secretos familiares y muertes inesperadas, ***Al subir la marea*** retrata el ascenso y caída de una familia en un mundo dominado por el poder y las apariencias.



CLAVES

Desde la autopublicación de su exitoso thriller *Trilogía de Gibola*, Ane Odriozola dio muestras de una gran habilidad para acudir al género histórico, ambientado en Euskadi y con un reparto muy coral, con la intención de aunar la intriga y la peripecia, al tiempo que pone el foco en el retrato de mujeres fuertes. Con *El valle del hierro* (NdeNovela, 2024), acercamiento a la vida rural en los caseríos y al mundo de los oficios artesanos, del que procede el origen industrial de Euskadi, en el siglo XVI, confirmó su interés en **atrapar al lector con historias llenas de sobresaltos, secretos y alianzas femeninas en las que una profunda documentación histórica sirve el aliciente extra de conocer aspectos llamativos del pasado de nuestro país.**

Al subir la marea, su última novela, supone un definitivo salto de calidad, el más ambicioso despliegue de sus recursos narrativos para la trama adictiva, el fresco de criaturas zarandeadas por mil vicisitudes y un minucioso retrato de época. **A partir de una desgracia que golpea a los Irigoyen, una familia dedicada a la construcción de embarcaciones en el Zarauz de mediados del siglo XVI, Ane dibuja una constelación de individuos, directa o indirectamente ligados al apellido, cuyas vidas se verán marcadas por la aventura, la aflicción, el afán de superación, el odio y la pasión.** Tras haber interiorizado las lecciones más valiosas del folletín —el género que con más determinación ha buscado convertir

a cada lector en un rehén del relato—, **la autora ha compuesto una novela río en la que cada capítulo es un giro; cada personaje, un conflicto; cada decisión, un desastre.**

Hermanos cainitas, hombres y mujeres que juran venganza tras verse humillados, amigas que salen fortalecidas de cada revés, viudas malvadas y otras dispuestas a luchar hasta el final, madres coraje, amantes condenados, siervos y siervas del Señor que no dudan en cometer o encubrir actos de sangre... **Una variopinta fauna desfila por lo que también supone un recorrido excepcional por los escenarios emblemáticos de la Euskadi del siglo XVI, como los astilleros, los pueblos balleneros de la época, las casas torre de los más adinerados o las villas de la costa de los más humildes.**

Al igual que en *El valle del hierro*, Ane traza un mapa inigualable para conocer la vida y los distintos oficios que se llevaban a cabo en el territorio costero de Guipúzcoa cinco siglos atrás. ***Al subir la marea* es una novela que lo tiene todo: el peso del linaje, la violencia de la ambición, la fuerza arrolladora del deseo como un mar embravecido y un homenaje a todas aquellas mujeres que plantaron cara a unos tiempos en que eran objeto sistemático de abusos e injusticias.** Como una víctima más de la tormenta feroz que abre el libro y pone en marcha las múltiples fatalidades que vendrán, el lector es llevado en volandas desde la primera página.



PERSONAJES PRINCIPALES

Al subir la marea dibuja un enorme fresco humano donde todas las piezas están unidas por el hecho de enfrentarse a un sinfín de calamidades y retos, al tiempo que hablamos de individuos definidos principalmente por su determinación y sus pasiones.

PEDRO Y CRISTÓBAL DE IRIGOYEN

Hijos de Bartolomé de Irigoyen, dueño de un astillero en Zarauz que se enfrenta a la ruina económica después de que una tormenta destroce su embarcación más ambiciosa, La Maritxu. Pedro es el brazo derecho de su padre, conocedor de todos los pormenores del negocio, el cual, en tanto que primogénito, algún día heredará. Cristóbal, por el contrario, es un cero a la izquierda, al que no podría interesarle menos la construcción de navíos. Sin embargo, una serie de acontecimientos provocará que Pe-

dro caiga en desgracia y sea su hermano pequeño quien quede al frente de la empresa familiar. Enfrentados desde niños, esto agudizará el odio mutuo y Pedro, un ser desalmado e implacable, jurará vengarse y recuperar lo que es suyo, aunque antes deberá buscarse la vida como pueda, incluyendo embarcarse a Terranova para la caza de ballenas. Cristóbal demostrará un carácter no menos déspota que el de su hermano y buscará desesperadamente un heredero.



Los últimos acontecimientos tuvieron en Cristóbal un efecto inesperado. Ser nombrado heredero universal y, sobre todo, observar la desesperación y la indignación que sentía su hermano lograron una transformación sorprendente en él. De la noche a la mañana, se sintió lleno de confianza, mostrando una seguridad que creyó haber perdido para siempre. La perspectiva de heredarlo todo le otorgó una nueva identidad, y su voz, antes apenas audible, ahora se alzaba con autoridad.

—Sacad las cosas de Pedro —les ordenó al ama de llaves y a la sirvienta—. Tendrá que buscarles otro lugar.

Cuando Pedro encontró en la entrada de la casa todas sus pertenencias metidas en varios zurrone, montó en cólera. Fue Juanita quien le explicó que solamente habían cumplido órdenes de Cristóbal, el nuevo señor.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? —le gritó a su hermano en cuanto lo tuvo delante.

—El dueño de todo esto —respondió él con arrogancia—. Puedo pedirte amablemente que te marches o puedo llamar a los guardias y hacer que se cumpla el testamento de padre, donde dice que aquí no hay sitio para ti. Eso sí, siempre te quedarán las tierras de Urteta.

—¡Eres despreciable! —Pedro se acercó a su hermano dispuesto a asaltarle un puñetazo en la cara, tal y como hizo con Alonso, pero consiguió contenerse.

BEATRIZ DE ORREAGA Y QUITERIA

Dos mujeres unidas por haber sido ultrajadas por los hombres, a pesar de lo cual se levantarán y formarán una alianza que no solo les permitirá tirar adelante, sino ajustar cuentas con aquellos que pretendieron hundirlas. Natural de Lodosa, población situada al suroeste de Navarra, Beatriz quedó huérfana de muy niña, teniendo que ir a vivir con una tía viuda, saladora de sardinas en Zarauz. Cautivado por su belleza, Pedro de Irigoyen le prometió matrimonio y la dejó embarazada para luego desechar-

la como un trasto viejo. Expulsada de casa y del pueblo, tendrá que empezar de cero con un hijo en su vientre. Quitéria, natural de un pueblecito al norte de Navarra, fue enviada a prisión, sufrió cincuenta azotes en la plaza pública y acabó condenada al destierro tras ser acusada por su cuñado Francisco de intentar envenenarlo. Ambas jóvenes se enfrentarán a nuevos contratiempos pero aprenderán a canalizar la rabia y el dolor hacia la elaboración de un plan para tomarse la justicia por su mano.



(Beatriz.) Se adentró en la oscuridad de la noche dispuesta a caminar sin descanso hasta llegar a Lodosa. El frío calaba sus huesos, pero la urgencia de poner distancia entre ella y el sitio donde la habían humillado y violado superaba cualquier incomodidad. Durante los primeros días, caminó solo de noche, siguiendo senderos poco transitados, apartándose de la vista de cualquier persona que pudiera cruzarse en su camino. Durante el día, decidió refugiarse en lugares apartados: rincones cubiertos de maleza donde podía tenderse sin ser vista o incluso el desván abandonado de algún caserío en ruinas, donde el polvo y las telarañas se acumulaban por todas partes. Allí la temperatura no era tan heladora.

Las mujeres que conoció en Aya la habían provisto de suficiente comida como para todo el trayecto: varias hogazas de pan, manzanas, queso curado y un buen trozo de chorizo que racionaba con sumo cuidado. También le habían dado algo de dinero, pero no quería tocarlo aún. Era mejor reservarlo para emergencias, cuando la necesidad fuera inevitable.

El tercer día, tras atravesar localidades como Tolosa, Villafranca y Beasáin, empezó a sentirse mareada y agotada. Varios vahídos repentinos la obligaron a detenerse y a buscar apoyo en los troncos de los árboles o en las paredes de piedra de algún caserío, y había momentos en los que un sudor frío empapaba su frente. No estaba bien, pero no tenía más remedio que seguir adelante. Le llevó tres días más adentrarse en tierras navarras, y el malestar hizo que le costara mucho atravesar el monte Aralar. La subida fue lenta, y cada paso le exigía un gran esfuerzo. Cuando por fin cruzó el paso montañoso, se sintió un poco mejor, más segura. Quizá porque ya estaba más cerca de casa, decidió que podría permitirse caminar durante el día y descansar por la noche.



Francisco se negó a restituírle la dote, a pesar de saber que le pertenecía a ella por derecho. Sin perder las formas, ella insistió en su petición, pero él la trató como si fuera una insolencia que le reclamara nada.

—¿Cómo os atrevéis? Habéis sido una deshonra para esta familia, comportándoos como una desvergonzada en lugar de hacerlo como una mujer respetable — aseguró con desprecio—. No os daré nada porque nada os merecéis. Así que tenéis dos opciones: marcharos por donde vinisteis, o quedaros aquí, pero debéis saber que yo no seré tan permisivo como mi hermano. Estaréis siempre a mi vista y cumpliréis todas mis órdenes. Solo así conseguiréis que no os eche a la calle como a una vulgar mujerzuela, que es lo que sois.

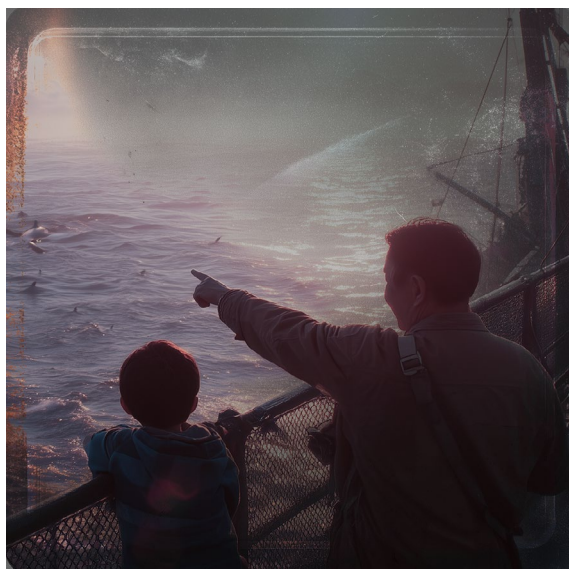
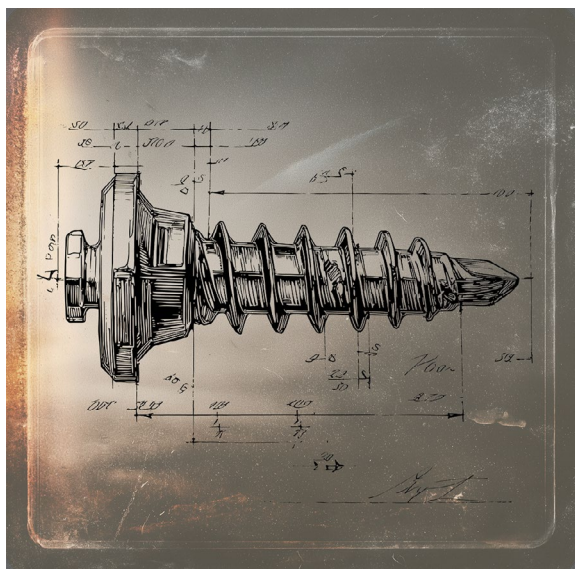
Quiteria lo odió con todas sus fuerzas. ¿Quién se creía que era para quedarse con un dinero que no era suyo? ¿Por qué se creía con derecho a despreciarla así? La única opción que le quedaba era interponer una demanda para que un juez dictaminara que su cuñado debía devolverle lo que por ley era suyo. Sin embargo, sabía que el procedimiento podía ser largo y tedioso, y la paciencia no era una de sus mayores virtudes. Harta de la tiranía de aquel hombre, decidió tomar un atajo. De esa manera, no solo acabaría antes, sino que, además, se podría quedar con todo.

MARIANA Y HANS

Mariana, de Azpeitia, es hija de un clavetero, especializado en fabricar clavos para embarcaciones, un hombre al que adora y que le transmitió el amor por el oficio. Sin embargo, su ludópata hermano Antón arruina el negocio familiar robando y vendiendo todo el material de la fragua. Para recuperarse económicamente del golpe, acepta la propuesta de contraer matrimonio con el constructor naval Cristóbal de Irigoyen, inconsciente de que esconde a un tirano que solo la tratará con desprecio.

Hans nació en Flandes, de donde tuvo que huir junto a su hermano pequeño

por el encarnizado conflicto entre católicos y protestantes. Una vez en España, se separaron con la promesa de reencontrarse en el futuro. «Diligente, joven y fuerte», amén de hábil tallador, encontró trabajo en la construcción del retablo de la iglesia de la Santa María del Real. Sin embargo, don Luis, el párroco de Zarauz, fiel consejero de la familia Irigoyen, le pide que proteja a esta de posibles represalias ante los desmanes de Cristóbal. Poco imaginará que sus nuevas responsabilidades desembocarán en un enamoramiento, profundo y correspondido, con la señora de la casa, Mariana, lo que acarreará peligros tremendos pero también alegrías desbordantes.





Mariana pasó el resto de la tarde familiarizándose con el lugar en el que viviría de ahí en adelante. Cenaron un exquisito puré de verduras con trozos de carne que Juanita había preparado y se dispuso para ir a dormir, pero antes Cristóbal le dijo que debía conocer a su guardián.

—¿Para qué necesitas un guardián? —Desde la boda, ya no le hablaba de vos.

—Me da seguridad —respondió él—. Suele venir sobre todo por las noches y duerme en un camastro, en la estancia más cercana a la nuestra. Estaremos más seguros.

Mariana se quedó pensando en la palabra «nuestra». Había albergado la esperanza de no tener que compartir alcoba con él, por mucho que supiera cuál era su cometido en aquella casa, pero no iba a tener esa suerte. Estaba pensando en ello cuando entró en la estancia el hombre que los protegería, aunque no sabía muy bien de qué o de quién.

Era un hombre joven y alto, de hombros anchos y brazos musculosos, y tan guapo que, al verlo, se quedó sin aliento. Tenía un porte imponente, y lo que más llamó su atención fue el color de su cabello, tan claro como el brillo del fuego en su punto más álgido, aquel con el que solían trabajar en la fragua. Sus ojos, de un tono tan claro que parecían reflejar la luz, la cautivaron al momento, y Mariana quedó atrapada en ellos durante varios segundos, un instante que pareció alargarse más de la cuenta. Sintió como un escalofrío le recorría la espalda, una mezcla de atracción y fascinación. Nunca había visto a un hombre como aquel, tan apuesto y tan distinto a todos los que había conocido. Y, sobre todo, tan diferente a su marido. Fue precisamente él, Cristóbal, quien rompió el hechizo.

—Él es Hans. Puedes estar tranquila, no te molestará. Ni te enterarás de que está cerca.

Lo saludó sin poder apartar la vista de él, ansiosa por descubrir qué papel tendría el muchacho de ojos claros en su vida.

SABINA

Trabaja cosiendo redes en los muelles de Guetaria, es esposa del atalayero Nicolás de Arano y madre de Nico, pescador de diecisiete años. El miedo atroz que la embarga cada vez que sus seres queridos salen al mar cobra sentido el fatídico día en que su esposo y su hijo mueren durante la caza de una ballena. Aunque no cree que la vida tenga nada

más que ofrecerle, la inesperada propuesta de Mariana de que ejerza como su ama de llaves —lo que la convertirá en su principal confidente y ayudante— no solo le devolverá las fuerzas para tirar adelante, sino que le reportará experiencias que jamás habría creído posibles, desde ser cómplice de un crimen a acabar convertida en abadesa en el convento de Arnedo, en La Rioja.





Hernán de Mendiguren abandonó la casa Irigoyen decidido a denunciar a Sabina y llevarla ante la justicia, mientras ellas, gracias a sus últimas palabras, descubrían que Cristóbal no había muerto. Los problemas no hacían más que aumentar.

—Sabina, tienes que marcharte —le dijo Mariana aterrorizada por lo que pudiera sucederle si la arrestaban.

Consciente de que su amiga tenía razón, Sabina asintió. Jamás antes había estado tan asustada y sentía unas ganas enormes de echarse a llorar, pero no había tiempo que perder. Se apresuraron en ir a su alcoba y, con manos temblorosas, metieron unas cuantas ropas en un zurrón. Pocos minutos después, frente a la puerta de la casa, se fundieron en un fuerte abrazo de despedida. Habían compartido buenos y malos ratos, alegrías y tristezas, pero nunca habían imaginado que el destino las separaría de esa forma. Ya no se tendrían la una a la otra para apoyarse y seguir adelante, y nada sería igual.

—Escóndete bien —le dijo Mariana resistiéndose a soltarla. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—.

Dentro de dos días, a medianoche, nos reuniremos donde Nicolás se te declaró. —Probablemente no habría nadie, además de Juanita, escuchándolas, pero no quería correr el riesgo—. No pueden meterte en la cárcel por haberme salvado la vida —se lamentó.

Sabina se aferró a Mariana. Tampoco ella quería soltarla. Con los ojos vidriosos y antes de marcharse de esa casa para siempre, miró hacia la planta de arriba sintiendo un gran pesar. Ni siquiera tenía tiempo de despedirse de Martín, el pequeño que le había devuelto la alegría. Después, abrazó a Mariana por última vez y también a Juanita, y salió por la puerta. Cuando el doctor Mendiguren llegó acompañado de los guardias, no quedaba ni rastro de Sabina. Cristóbal aún no había despertado.

Junto a estos personajes destacados pulula una miríada de secundarios que apuntalan las diversas tramas y dan color a la narración en su conjunto, caso del atribulado párroco don Luis, la fiel y apocada sirvienta Juanita, el recto doctor Hernán de Mendiguren, el bondadoso maestro Genaro, el despreciable Alonso, hijo del alcalde, la alcahueta Adela, el misericordioso conde de Mendialdua o las heterodoxas monjas Eustaquia y Elena, entre otros.



LA MUJER EN EL SIGLO XVI

Además de entretener, Al subir la marea sumerge al lector en cómo era la vida en el siglo XVI, tanto en el plano familiar como social, económico y laboral. Ane pone especialmente el acento en mostrar la sumisión de las mujeres al dictado de los hombres, primero a los padres y más tarde a sus maridos, quienes lo tenían muy fácil para desembarazarse de ellas en cuanto les suponían un estorbo. Con frecuencia explotadas y tratadas como mercancías, tampoco el poseer talento para un oficio garantizaba ningún tipo de libertad o independencia.



La legítima era la parte que, por ley, le correspondía a cada uno de los herederos. Pedro sería el hijo mejorado, el que recibiría un tercio y un quinto. Gracias a eso, heredaría algo más de la mitad de los bienes del patrimonio familiar, incluyendo los honores asociados: la casa y sus pertenecidos, la sepultura, los asientos en la iglesia, los derechos en la comunidad..., pero también las deudas y obligaciones, y el deber de cuidar y convivir con su progenitor. De esta manera, la casa se transmitía en su totalidad, permaneciendo en una única línea de sucesión y asegurando la continuidad del linaje.



Las mujeres que habían perdido la virginidad no debían llevar la cabeza descubierta, al contrario que las doncellas, que sí podían hacerlo.



Si se llegara a saber que Mariana mantenía una relación fuera del matrimonio, aunque no se supiera nada de su marido, podrían denunciarla y encarcelarla.



La muerte del marido transformaba la vida de una mujer, otorgándole una nueva posición social y legal que le permitía, al menos en teoría, planear su propio futuro. Las viudas obtenían una libertad y autonomía que nunca habían tenido antes, aunque muchas veces esto venía acompañado de una significativa merma económica. Las monjas debían obedecer a Dios, las doncellas a sus hermanos y padres, y las casadas a sus maridos. Pero ¿a quién debían obedecer las viudas? A pesar de la estricta moral que las consideraba un peligro por no estar controladas por un varón, las viudas podían tomar sus propias decisiones.



La continuidad de las viudas en el negocio de su difunto marido dependía de la decisión del gremio. No se trataba tanto de evaluar si era competente para realizar el oficio, sino de que el gremio le diera permiso. Las mujeres no completaban un aprendizaje formal, por lo tanto, se temía que no pudiesen garantizar la calidad del producto. Por esta razón, los gremios solían consentir a las viudas que continuaran al frente del negocio durante un año tras el fallecimiento del marido. Este periodo tenía un objetivo claro: vender la producción existente y no perder la última inversión de tiempo, trabajo y dinero del difunto. Después, un nuevo maestro debía hacerse cargo del taller.



Mientras que los hombres podían volver a casarse tan solo de tres a seis meses después de enviudar, las mujeres debían esperar al menos un año. Este periodo de luto no solo honraba lo suficiente la memoria del esposo, sino que también aseguraba la legitimidad de cualquier hijo que pudiera nacer dentro de los nueve meses posteriores al fallecimiento del marido.



LOS REYES DEL MAR

La construcción naval tiene un marcado protagonismo en la novela, partiendo del hecho de que es el trabajo al que se dedica el linaje familiar en el centro de la misma, los Irigoyen. La autora nos pasea por el día a día en los astilleros de la costa cantábrica, donde tan pronto se fabrican chalupas para la caza de la ballena como barcos de gran porte para las flotas de las Armadas y la Carrera de Indias. A la dureza del trabajo en sí se une la constante amenaza de accidentes o imprevistos que aboquen a la ruina económica.

El constructor naval Bartolomé de Irigoyen había logrado ganarse muy bien la vida construyendo pequeñas y medianas embarcaciones en su astillero de Zarauz. Su trabajo consistía en buscar inversores que aportaran el capital necesario para la construcción, en negociar la compra del material, en contratar un maestro carpintero que trabajara con su propio equipo y en supervisar todo el proceso de construcción. Había construido una embarcación tras otra, aprendiendo el valor del trabajo bien hecho y sintiendo el orgullo de ver zarpar un barco construido con sus propias manos.



No fue sencillo para Bartolomé sacar el negocio adelante, pero disfrutó de todos y cada uno de los procesos necesarios para construir una embarcación. Negoció la compra de cada uno de los materiales necesarios, buscó inversores, buenos maestros carpinteros, contrató motoneros, barrenadores, entabladores... Sumergido en el olor a serrín y a brea, con el sonido de los martillazos resonando en sus oídos, construyó muchas y muy variadas embarcaciones, y logró convertir su astillero en un floreciente negocio.

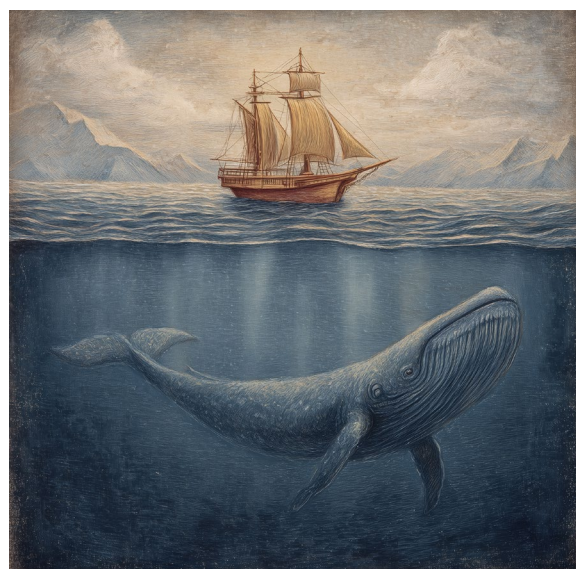


Al cabo de ese tiempo, Sabat, inmerso en la construcción de un galeón de quinientas toneladas, le encomendó realizar algunos trabajos habituales de los carpinteros de blanco, encargados de hacer todas las obras interiores de las embarcaciones, como camarotes, puertas, taquillas y muebles.



LA CAZA DE LAS BALLENAS

Es sabido que los marineros vascos eran unos expertos consumados en la caza de la ballena, un oficio muy arriesgado que los llevó a recorrer miles de kilómetros en su búsqueda a la par que devino una industria de gran provecho. La obra nos muestra las interioridades de una práctica tan peligrosa como lucrativa.



La ballena era un animal sumamente codiciado, ya que se podía comerciar con todas sus partes: la grasa se utilizaba para el alumbrado, la fabricación de jabones y la elaboración de medicinas; las barbas se empleaban en la corsetería, sombrerería, en la confección de abanicos y mangos de cuchillo; los huesos se podían usar como umbrales en puertas y ventanas o para delimitar las tierras; la lengua se podía convertir también en grasa, aunque a veces se comía, y la carne, después de trocearla y ponerla en salmuera, también era comestible.

Aún se pescaban ballenas en el litoral cantábrico, pero comenzaban a escasear, lo que había provocado en los pescadores vascos la necesidad de adentrarse en aguas más lejanas. Mientras algunos preferían quedarse cerca de casa y dedicarse a la pesca sin alejarse demasiado de la costa, otros, los más valientes, se aventuraban a bordo de robustos galeones en aguas cada vez más lejanas: Labrador y la isla de Terranova, bautizadas por los vascos como Ternua. Terranova se había convertido en sinónimo de la gran aventura pesquera vasca. De primavera a otoño, aprovechando la migración de los cetáceos, unos dos mil vascos al año viajaban a sus aguas repartidos en recias embarcaciones. Al año se mataban unas cuatrocientas ballenas, que producían más o menos veinte mil barricas de aceite. Pedro decidió que él sería uno de esos dos mil vascos que se embarcarían con destino a Terranova. Si el negocio estaba en la grasa de la ballena, él participaría en ese negocio.



—¡Ballena! ¡Ballena!

Entre los pocos pescadores que se encontraban en el puerto estaba Ecenarro. Con voz firme y mirada decidida, tomó las riendas de la situación de inmediato. Envio a dos pescadores a dar la voz de alarma por el pueblo, consciente de que necesitarían la mayor cantidad de hombres disponibles para capturar a la presa. A los demás, ya presentes en el puerto, les ordenó que cargaran los aparejos en las chalupas. La rapidez era crucial para evitar que la codiciada presa se escapara. Al ver que la noticia se propagaba con rapidez, Nicolás se sintió aliviado. Sabía que el verdadero desafío apenas arrancaba para los pescadores, pero él había cumplido su parte. Si lograban capturarla, tanto Fermín como él recibirían su salario fijo, que se pagaba gracias a la primera ballena cazada. De las siguientes, también recibirían una parte. El puerto empezó a llenarse de gente. Mujeres y niños se congregaron rápidamente, ansiosos por presenciar la partida de sus hombres en busca de tan preciada captura. Era un momento mágico, lleno de esperanza y expectación. Los pescadores comenzaron a dividirse en ocho chalupas, con cuatro hombres en cada una. Equipados con arpones, sangraderas y estachas, las primeras embarcaciones zarparon hacia el mar.



A Mariana le pareció muy curioso presenciar la subasta. Para obtener una venta global más beneficiosa, la madre y la cría se vendieron en un solo lote, alcanzando la suma de cuatrocientos ducados por las dos, sin contar las partes ya adjudicadas como premios entre los hombres que participaron en la captura. Después se procedería al despiece, separando alas, cola, barbas, huesos y lengua, esta última destinada a la iglesia parroquial.

—El cuerpo de la cría se conservará en salmuera para venderlo a los franceses. Aquí no se consume, pero allí es muy apreciado —oyó Mariana que le explicaba un vecino a otro.

Algo que le llamó la atención fue la repartición de ventajas o premios. El primer heridor de la ballena recibiría dos quintales, y los cinco siguientes, un quintal cada uno, además de cinco libras por cada jabalina que hubieran clavado. Los pescadores de la primera chalupa en herir a la ballena recibirían la cuarta parte de la cabeza y la cola, mientras que las tres cuartas partes restantes se repartirían entre los demás hombres.



ESCENARIOS

Uno de los aspectos que confieren mayor dinamismo y viveza a la novela es la multiplicidad de escenarios geográficos, con lógica preponderancia de territorios de Euskadi, aunque ni mucho menos se limita a estos. El gran caudal de personajes, muchos de ellos en perenne movimiento, garantiza que pasemos de la aldea al pueblo, y de aquí a la gran urbe, con referencias también a las Indias Orientales y a Terranova. Destacamos algunos ejemplos.



ZARAUZ

Zarauz carecía de una conexión directa con las principales rutas de comunicación por las que transcurría el tráfico mercantil. Alejado de dichas vías que conectaban la costa con el interior peninsular, tampoco contaba con un río caudaloso ni extenso o con grandes saltos de agua. Además, la posibilidad de crear un puerto o unas infraestructuras portuarias en condiciones eran mínimas. Ante esta situación, fueron varios los habitantes que decidieron dedicarse a la construcción naval. «Tenemos el peor puerto de Guipúzcoa y la peor salida al mar de todo el Cantábrico, pero también una hermosa y extensa playa que nos permite establecer las gradas necesarias para construir barcos», le solía decir su padre.

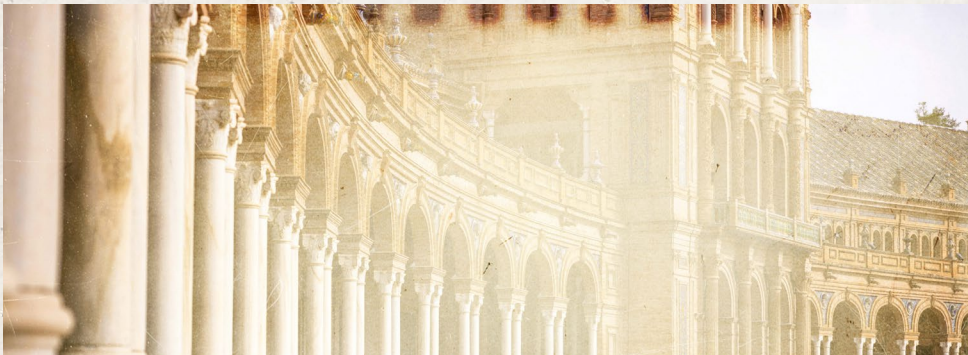
Bartolomé no fue el único que tomó esta decisión. En las inmediaciones del paraje llamado Txiliku, su astillero convivía con varios astilleros más donde se fabricaban navíos de distintos tamaños. Con el tiempo, Zarauz se especializó en la industria de la construcción naval, la cual se desarrolló de forma próspera y dio vida tanto a embarcaciones grandes —aunque no en gran cantidad ni demasiado grandes— como a embarcaciones de pequeño porte, convirtiéndose en punto de referencia en toda la región del norte.





ESTELLA

Con casi cuatro mil quinientos habitantes, Beatriz y Quiteria se sintieron en Estella, desde el principio, menos observadas, menos juzgadas. La ciudad había nacido al configurarse como ruta prioritaria hacia Santiago de Compostela, con el objetivo de facilitar a los peregrinos de la Ruta Jacobea la posibilidad de pernoctar a su paso por la zona. Estella se fue poblando de hospederías, hospitales y cofradías, y Quiteria y Beatriz se encontraron una ciudad llena de gente, peregrinos, niños correteando entre gritos, talleres de artesanía y comercios de todo tipo que daban a la ciudad un aire de constante actividad.



SEVILLA

A Pedro le pareció entrar en un mundo distinto desde el mismo momento en que puso un pie en tierras sevillanas. Comenzando por las temperaturas de las que gozaban en pleno otoño, mucho más cálidas que en el norte, hasta el paisaje, tan distinto al que él estaba acostumbrado: la catedral, el puerto, los monumentos, las plazas y calles llenas de puestos, tinglados y mostradores... Y, sobre todo, la gente. Sevilla era un hervidero de gente: cristianos viejos, judíos conversos, moriscos, nobles, clérigos, plebeyos...; más de cien mil almas convivían en la ciudad, que se había convertido en el puerto principal para el comercio con las Américas. Pedro nunca había visto nada igual.

—Esta ciudad está viva —le aseguró Pelayo.



CONVENTO DE LAS CLARISAS EN LA RIOJA

Conoció al resto de la comunidad a la hora de la cena. Esperaba que la abadesa la presentara ante las hermanas, pero se equivocó. La madre superiora entró cojeando en el comedor, la miró brevemente y siguió adelante como si no la hubiera visto. En completo silencio, cenaron una triste sopa casi transparente, acompañada de unos trozos de pan y una manzana de postre. No tardó en comprender por qué las monjas estaban tan delgadas y pálidas. Tras la cena, se retiraron cada una a su celda. Con el estómago rugiendo de hambre, le costó conciliar el sueño. Los días siguientes transcurrieron en una monotonía asfixiante. Comer, trabajar y rezar, rezar mucho. Siempre en silencio. Todo el día.





ALBAOLA

Coincidiendo con la publicación de *Al subir la marea*, se inaugura en Albaola Itsas Kultur Faktoria (Pasajes San Pedro) la réplica de la nao San Juan, el legendario ballenero vasco del siglo XVI. Esta coincidencia convierte a la novela en una experiencia doble: lo que Ane Odriozola narra en las páginas sobre astilleros, viajes a Terranova y la pujanza de la construcción naval vasca puede hoy vivirse de primera mano visitando el barco.

La nao se ha levantado con los mismos materiales y técnicas tradicionales de la época —robles de Navarra, mástiles de abeto del Irati, calafateado con alquitrán destilado como antaño—, lo que permite al lector sumergirse en el mismo universo que recorren los Irigoyen en la ficción.

Así, la inauguración del San Juan no solo rescata un emblema de la historia marítima vasca, sino que también se convierte en un motivo de interés añadido para leer la novela: literatura e historia se dan la mano para revivir un tiempo en el que los astilleros, las ballenas y el mar marcaron el destino de familias enteras.



MOTIVOS PARA LEER AL SUBIR LA MAREA



Al subir la marea es una novela que lo tiene todo: el peso del linaje, la violencia de la ambición y la fuerza arrolladora del deseo como un mar embravecido.



Una novela río en la que cada capítulo es un giro; cada personaje, un conflicto; cada decisión, un desastre.



Una historia familiar marcada por el odio entre hermanos; la venganza de una joven contra el hombre al que amaba, tras ser brutalmente humillada; un bello holandés con un secreto que le obliga a permanecer escondido; una mujer destrozada tras perder a su marido y su hijo, ambos balleneros, y el asesinato de un hombre a manos de una abadesa muy poco convencional.



Un recorrido excepcional por los escenarios emblemáticos de la Euskadi del siglo XVI, como los astilleros, los pueblos balleneros de la época, las casas torre de los más adinerados o las villas de la costa de los más humildes.



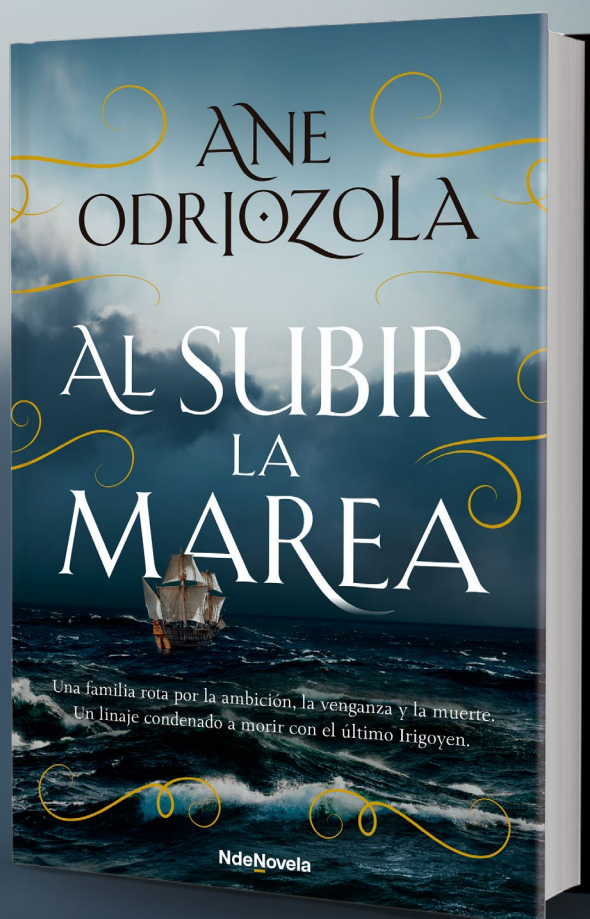
Al igual que en su anterior novela, *El valle del hierro*, Ane traza un mapa inigualable para conocer la vida y los distintos oficios que se llevaban a cabo en el territorio costero de Guipúzcoa durante el siglo XVI.



ANE ODRIOZOLA

(Legazpi, Gipuzkoa, 1979) trabaja desde 2006 en el Servicio de Atención al Ciudadano del Ayuntamiento de Arrasate-Mondragón. Aficionada a la lectura, en 2018 autopublicó *El secreto de Gibola*, su primera novela, donde plasma la realidad de Legazpi a principios del siglo XX. En 2020 continuó la historia con *La sombra de Gibola*, y en 2021 cerró la trilogía con *Conspiración en Gibola*. En 2019 obtuvo el reconocimiento Literatura Saria 2019 en la categoría de mérito cultural. Ha cosechado varios premios en concursos de relatos en euskera: el Premio Iparragirre de Literatura 2019 y 2021 en la categoría de narrativa, el Premio Kimetz en 2022, y fue finalista en el III Certamen de Relato Corto Urrike. En 2024 publicó *El valle del hierro*. *Al subir la marea* es su nueva novela.

www.aneodriozola.com



CONTACTO PARA MEDIOS

Si quieres coordinar una entrevista o quieres un ejemplar de prensa, ponte en contacto con **Andrea Pomar** 626 36 65 45 / andrea.pomar@planeta.es

Fecha de publicación: 29 de octubre.

NdeNovela